

El sermón de la montaña en el diálogo interreligioso

Cuando entres en un diálogo interreligioso,
no pienses por adelantado en lo que tú debes creer.

Cuando des testimonio de tu fe,
no te defiendas a ti mismo ni defiendas tus intereses concretos,
por sagrados que puedan parecerse.

Haz como los pájaros del cielo, que cantan y vuelan
y no defienden ni su música ni su belleza.

Cuando dialogues con alguien,
observa a tu interlocutor como si se tratara de una experiencia reveladora,
como mirarías -o deberías mirar- a los lirios del campo.

Cuando inicies un diálogo interreligioso,
busca quitar primero la viga de tu ojo antes de sacar la paja de tu vecino.

Bienaventurado seas cuando no te sientas autosuficiente
mientras estés dialogando.

Bienaventurado seas cuando confías en el otro
porque confías en mí.

Bienaventurado seas cuando afrontas incomprendimientos
de tu propia comunidad o de otros a causa de tu fidelidad a la Verdad.

Bienaventurado seas cuando mantienes tus convicciones
y sin embargo no las presentas como normas absolutas.

¡Ay de vosotros, teólogos y académicos,
que despreciáis lo que otros dicen
porque lo consideraréis embarazoso o no suficientemente “científico”!

¡Ay de vosotros, profesionales de las religiones,
si no escucháis el grito de los pequeños!

¡Ay de vosotras, autoridades religiosas,
porque impedís el cambio y la (re)conversión!

¡Ay de vosotros, gente religiosa,
porque monopolizáis la religión y sofocáis el Espíritu,
que sopla donde quiere y como quiere!